

Rob Riemen

# **NOBLEZA DE ESPÍRITU**

Una idea olvidada



taurus  


# NOBLEZA DE ESPÍRITU

---

ROB RIEMEN

# NOBLEZA DE ESPÍRITU

UNA IDEA OLVIDADA

*Prólogo de George Steiner*

*Traducción de Goedele de Sterck*

TAURUS

---

PENSAMIENTO

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

*A quienes sustentan mi vida*

*Kirsten,  
mi vida, mi amor*

*Lisette,  
un ángel*

*Margriet,  
una amiga para toda la vida*

*En la vida, para comprender, comprender de verdad, cómo son las cosas de este mundo, debes morir, por lo menos una vez. Conque, siendo ésa la ley, mejor morir joven, cuando aún tienes tanto tiempo por delante para levantarte y resucitar...*

GIORGIO BASSANI, *El jardín de los Finzi-Contini*

## PRÓLOGO

*George Steiner*

Cuando Thomas Mann se reunió con el presidente de Estados Unidos Franklin Roosevelt, lo presentaron como “la encarnación de la civilización europea”, un elogio que no desmintió. En su afectuoso homenaje al literato alemán, Rob Riemen señala con buen criterio que Mann personificó y expresó a la perfección los valores de esa civilización en peligro. Pese a su sensibilidad y su visión genuinamente germanas, el escritor no sólo enriqueció sus magníficas obras con referencias a los clásicos griegos y latinos, la Biblia y la historia de la literatura y la música europeas, sino que, además, se consagró a los maestros de la ficción y el drama rusos en una serie de lúcidos ensayos. Al igual que Goethe, su principal referencia y, en cierto modo, su rival oculto, Thomas Mann habló de la *Weltliteratur*, la literatura universal, convirtiéndose en su portavoz. Riemen evoca este universalismo desde la mera raíz. Cuando se produjo la catástrofe, Thomas Mann no tuvo más remedio que crear, a la trágica sombra de Lutero, Goethe y Nietzsche, *Doctor Fausto*, probablemente la única obra de ficción que está a la altura de la trascendencia del tema tratado.

Sin embargo, lo que de veras sienta las bases de la incondicional fidelidad de Rob Riemen y los ideales del Nexus Instituut es ese humanismo peculiar del que Mann quizás fuera el último representante genuino. Riemen identifica dicho humanismo con la compleja noción de “valores”. Hace hincapié en la extraordinaria importancia del

concepto del tiempo, así como en la remembranza que, tal y como se afirma en la frase inicial de la epopeya de *José y sus hermanos*, retrotrae al hombre a los orígenes de su ser. Mann establece un orden en el que hay tiempo para la reflexión, para el desarrollo de la conciencia privada y el misterio del eros (*La muerte en Venecia* puede interpretarse como una única meditación sobre el tiempo suspendido). Los valores humanísticos clásicos, cuyas raíces filosófico-políticas se hallan en Sócrates y Platón, privilegian la vida de la mente. Implican una confianza fundamental en la fuerza, siempre imperfecta pero continua, del espíritu humano, no sólo frente al sufrimiento personal —Mann es un fabuloso cronista de enfermedades—, sino también frente a la recurrente presencia de la barbarie en la historia. A la vista de esta confrontación permanente, Riemen erige la rutina y creación diaria de Thomas Mann en emblema y lección.

El análisis y la promulgación de los valores humanistas están incluso fuera del alcance de los genios individuales. Ello requiere lo que podría llamarse una *conversazione* en el sentido más profundo del término. Tanto desde el Nexus Instituut, donde Rob Riemen y su esposa, Kirsten Walgreen, desempeñan una encomiable labor, como en estos tres ensayos, Riemen se centra precisamente en una serie de conversaciones. Le fascina el diálogo y, muy en particular, los procesos, a menudo un tanto encubiertos, en los que la comprensión nace del desacuerdo polémico. Tiene siempre muy presentes los diálogos socráticos, así como los inmejorables debates intelectuales y emotivos de *La montaña mágica*, la novela de Thomas Mann. Mientras el lenguaje continúe marcando la pauta, mientras “podamos seguir hablando los unos con los otros” —Beckett es el virtuoso de lo fronterizo—, hay esperanza para la civilidad y la búsqueda de la verdad.



Los valores humanistas han de hacer frente a todo tipo de fuerzas antagónicas. Tal y como expone Riemen en su tercer texto, sin duda el más espeluznante de los tres, la elevada cultura y el decoro ilustrado no ofrecieron ninguna protección contra la barbarie del totalitarismo: ciertamente, eminentes pensadores y artistas se convirtieron en aliados del horror. Por otro lado, fenómenos aparentemente positivos como son la democratización de la política actual, la generalización y la uniformización del sistema educativo y el auge de los medios de comunicación de masas, atentan contra el elitismo propagado por Mann a través de su concepto *Adel des Geistes*, nobleza de espíritu. Queda por ver cómo y en qué contexto podrán prosperar los criterios de excelencia encarnados por el Nexus Instituut. De momento, la energía del espíritu parece manifestarse ante todo en las ciencias naturales y la tecnología, dos ámbitos de actividad humana radicalmente distintos a las humanidades. Nuestro mundo es el de Galileo y el de Darwin. La esfera de la palabra (*logos*), a la que van dirigidos los presentes ensayos, muestras tanto de reconocimiento como de preocupación, está menguando.

Ahora bien, ello no menoscaba ni invalida las reflexiones de Rob Riemen, por tratarse de una persona que cree firmemente en la luz aun antes de que despunte el alba.

GEORGE STEINER

## PRELUDIO: CENA EN EL RIVER CAFÉ

*¿Quién eres tú, en efecto, para hablar o cantar a Estados Unidos?*

WALT WHITMAN, *Hojas de hierba*

I

Los acontecimientos más importantes de la vida no se planifican, sino que nos sobrevienen. Inesperado es el día en el que brota una amistad o un amor; inesperada la hora en la que un ser amado abandona este mundo; inesperado el suceso que nos cambia la vida para siempre. Da la impresión de que en tales momentos, el alma humana —consciente de su poder de discernir lo que es relevante de lo que no lo es tanto y de evaluar lo que permanecerá con nosotros hasta el fin de nuestros días y lo que podemos olvidar— dé orden a la memoria para que, activados todos los sentidos, lleve a cabo un registro minucioso de los detalles más sutiles para luego apropiarse de ellos. Nuestro cerebro recoge datos y hechos que caen en el olvido cuando dejan de utilizarse. Sin embargo, todo cuanto se atesora en nuestro corazón no se pierde jamás. Esta idea se retrata de forma sencilla pero impactante en el clásico de Hollywood *Cuando Harry encontró a Sally*: preguntemos a una pareja de ancianos cuándo se conocieron y recrearán con asombrosa exactitud los pormenores de cincuenta o sesenta años atrás. Se les habrán olvidado muchas cosas, pero no aquel primer encuentro que llevan grabado en el corazón.

II

No había motivo para esperar algo distinto a lo habitual de mi viaje a diversas ciudades y universidades estadounidenses en noviembre de 2001. Un aspecto fascinante de mi trabajo para el Nexus Instituut es reunirme con los célebres intelectuales de diferentes nacionalidades invitados a participar en la anual Conferencia Nexus, siempre de índole filosófico-cultural, y discutir con ellos el contenido de su disertación o de la mesa redonda. Tanto los oradores como el eje central de la siguiente conferencia —*The Quest of Life. Part II. Evil*. [El reto de la vida. Segunda parte. El mal.]— habían sido elegidos desde hacía mucho. Por eso, entre otras razones, ya tenía agendadas entrevistas con Andrew Delbanco, máximo conocedor de Melville, en Nueva York; con John Coetzee en Chicago; con el biógrafo de Dostoyevski, Joseph Frank y con Richard Rorty en Stanford, y en Washington D.C. con Leon Wieseltier, quien había causado una profunda impresión en una de nuestras primeras conferencias. Además, la participación de Michael Ignatieff —estrechamente vinculado al Nexus Instituut desde sus inicios— y del historiador Daniel Goldhagen me brindaba una excelente oportunidad para volver a visitar Harvard. Con toda probabilidad, cada uno de esos encuentros sería agradable e interesante, aunque esperar que fueran “memorables” hubiera sido una exageración.

Por fortuna, ni siquiera en un viaje de negocios toda cita ha de estar ligada al trabajo, por lo que aguardaba ansiosamente la cena con Elisabeth Mann Borgese en el renombrado River Café, el mismo día de mi llegada a Nueva York procedente de Ámsterdam. Esa cita también había sido concertada con mucha antelación, y no cabía esperar de ella más que una buena conversación con una vieja amiga. Es un signo de los tiempos, me temo, que pocos recuerden quién fue Elisabeth Mann Borgese. La mención de su nombre suele provocar en mis interlocutores un gesto de desconocimiento. Por eso tiendo a agregar impulsivamente:

“Hija pequeña y ojo derecho del gran escritor Thomas Mann”. Sin embargo, me doy cuenta de que esa definición alude en realidad a la importancia que tiene para mí Thomas Mann y que de ninguna manera refiere los méritos de su hija menor. A Elisabeth Mann Borgese le hago mayor justicia observando que Al Gore, con su película *Una verdad incómoda*, continúa la labor iniciada por ella.

Dado que aquella noche en el River Café acabó siendo distinta de lo que esperaba, creo conveniente decir algo más acerca de la mujer a la que se debe en gran parte la existencia del presente libro.

Elisabeth Mann Borgese nació en 1918 en Múnich y se exilió en Suiza con sus padres en 1933; también junto a ellos emigró, en 1938, a los Estados Unidos, donde se casaría un año más tarde con Giuseppe Borgese, experto en literatura, activista político y prestigioso antifascista italiano. Ambos constituirían el alma de un movimiento empeñado en preservar la paz tan pronto como concluyera la guerra, a través de la elaboración de una constitución universal y la fundación de una federación mundial. Contaban con el apoyo de figuras como Gandhi, Sartre, Camus, Bertrand Russell, Albert Einstein y Thomas Mann. A mediados de los años sesenta —fallecido ya su esposo, mucho mayor que ella—, Elisabeth cayó en la cuenta de que semejante ideal era demasiado utópico para aquel tiempo. Fiel a su talante práctico, decidió ponerse al servicio de una meta más cercana a las gentes: el medio ambiente.

Elisabeth Mann Borgese era el único miembro femenino del pequeño grupo de personas que fundó el Club de Roma, la primera organización internacional en incluir la preocupación ecológica en el orden del día político a fin de concientizar a la humanidad no sólo de las amenazas que sufre el medio ambiente sino también de nuestra responsabilidad común a la hora de protegerlo. Pero el Club de Roma tampoco le pareció lo suficientemente concreto, así

que se convirtió en copromotora del Instituto Internacional del Océano, obstinado en sacar adelante una convención de las Naciones Unidas en la que se estableciera que los océanos pertenecen a la humanidad, no a naciones concretas, y son por tanto responsabilidad de todos. La propuesta, aceptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1982 y ratificada en 1994 (sin el apoyo de Estados Unidos), prosperó más que nada gracias a los esfuerzos de Elisabeth Mann Borgese. Se entrevistó con numerosas personas, embelesando sin duda a todas ellas con su inteligencia, su convicción y su encanto.

Elisabeth era una suerte de encarnación del siglo XX. Entre sus amigos se contaban Vladimir Horowitz (con quien había tomado clases de piano en su juventud, cuando aspiraba a convertirse en una pianista profesional), Bruno Walter, Albert Einstein, Jawaharlal Nehru, Indira Gandhi, Wystan Hugh Auden, Agnes Meyer, Ignazio Silone, Robert Hutchins y Roger Sessions, entre otros muchos.

Cuando la conocí tenía ochenta años y vivía en Halifax, Nueva Escocia, donde trabajaba como profesora de derecho marítimo internacional en la Universidad de Dalhousie. La había invitado a impartir la anual Conferencia Nexus en la primavera de 1999, sugiriéndole un tema específico: *Mi tiempo*. Con ese mismo título —*Meine Zeit* en alemán—, su progenitor había pronunciado en 1950, a la edad de setenta y cinco años, un afamado discurso en el que pasaba revista a su tiempo. Me parecía oportuno pedirle a su octogenaria hija que evocara su propia época medio siglo más tarde. Al principio, Elisabeth se mostró reticente: “Ni se me ocurre seguir las huellas de mi padre”. Sin embargo, logré convencerla, de modo que el 12 de mayo de 1999 ofreció una conferencia inolvidable ante una sala abarrotada de la Universidad de Tilburg, en cuya primera fila estaban sentados Su Majestad la Reina Beatriz de los Países Bajos y el ex primer ministro Ruud Lubbers, amigo y aliado político.

Nació una profunda amistad y mantuvimos el contacto desde entonces. Cuando resultó que ambos íbamos a estar en Nueva York a finales de 2001, concertamos un encuentro: miércoles 7 de noviembre, a las 19:30 horas en el River Café.

### III

Dos elementos, imprevisibles cuando anoté la fecha en mi agenda, alteraron profundamente las circunstancias de la cena.

El primero fue el 11 de septiembre. Nunca olvidaré la imagen de Nueva York la tarde en que, recién llegado de Ámsterdam, decidí dar un paseo por la ciudad a fin de estirar las piernas después del largo viaje en avión. Dos meses después del fatídico día, la urbe que nunca duerme estaba oscura, gélida y vacía. Apenas había tráfico, a excepción de unos cuantos taxis que no debían de estar ganando mucho dinero, pues hasta los peatones se habían esfumado. Unos amigos holandeses vivían en Wooster Street, en Soho, adonde me encaminé. Pero no estaban en casa. Entonces, un impulso de turista me atrajo hacia West Broadway en dirección a la Zona Cero. Todavía no sé si la gigantesca nube negra que vi en lontananza suspendida sobre la Zona Cero era real o fruto de mi imaginación. “¡El horror! ¡El horror!” —el grito de *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad — retumbaba en mi cabeza, así que me di la vuelta. En Washington Square tomé un taxi al River Café, ubicado al pie del puente de Brooklyn.

Fui el primero en llegar al restaurante casi vacío. Me senté en la mesa junto a la ventana, con una copa de Chardonnay en la mano, y contemplé la Estatua de la Libertad, que vigilaba la ciudad como una luz en la noche. *I'll Be Seeing You* de Dom Salvador sonaba de fondo, más

melancólico que nunca, mientras esperaba a mis dos invitados.

Sí, dos. Ése fue el segundo hecho inesperado. Unos días antes de partir a Nueva York me llamó Elisabeth, y después de los preámbulos de costumbre, me preguntó si había oído hablar de Joseph Goodman.

—¿Debería?

—Bueno, en realidad es un hombre muy solitario, pero es un viejo amigo, y me encantaría que nos acompañara.

—Por supuesto. Pero si tienes un momento, agradecería me contaras algo más de él.

Cuando Elisabeth era joven y abrigaba la ambición de convertirse en una virtuosa pianista, se desplazaba todos los días de Princeton a Nueva York, donde recibía clases de Isabella Vengerova, una estupenda maestra rusa vinculada al Instituto Curtis de Filadelfia. Esta mujer tenía otro discípulo además de Elisabeth: Joseph Goodman. Joe era tres años menor que Elisabeth, provenía también de Alemania, y más tarde descubrieron que incluso habían arribado a Estados Unidos en el mismo barco, el *New Amsterdam*, que entró en el puerto de Nueva York el 23 de septiembre de 1938. Sólo que Joe viajaba en entrecubierta sin sus padres, que se habían quedado atrás en tierras alemanas y a quienes jamás volvería a ver, mientras Elisabeth cenaba en la mesa del capitán junto a sus célebres progenitores.

Según Elisabeth, Joe era un pianista brillante. “¡Deberías haberlo oído tocar el Op. 106 de Beethoven!”, decía. Sin embargo, el joven Joseph era tan introvertido como genial. Elisabeth, que además de estar preocupada por él se sentía atraída por su persona, consiguió granjearse su confianza. Se hicieron amigos íntimos. Más tarde, la conciencia de que carecía del talento de Joe, entre otras razones, la hizo renunciar a su sueño. Se enamoró de Giuseppe Borgese, treinta y seis años mayor que ella, y junto con él persiguió un nuevo ideal: una constitución, una